



## LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA

CÁNDIDO POZO

El 25 de marzo de 1985, solemnidad de la Anunciación del Señor, S. S. Juan Pablo II firmaba la Encíclica *Redemptoris Mater*<sup>1</sup>. Parece claro que el Pueblo de Dios esperaba de un Papa como el actual un gran documento mariano. Se trata de un Papa que ha llevado a su escudo papal no sólo el anagrama de María, sino las palabras «Totus tuus» que sintetizan el núcleo fundamental de su consagración personal de esclavitud mariana, hecha mucho antes de su pontificado y revonada ante la imagen de la Virgen de Czestochowa en su primer viaje, como Papa, a Polonia<sup>2</sup>; de un Papa que en sus viajes apostólicos no omite nunca la visita al santuario mariano más representativo de cada nación, para desde él fomentar con su ejemplo y su palabra la piedad mariana de cada pueblo<sup>3</sup>. En este sentido, puede decirse que Juan Pablo II, aun dentro de su magisterio tan rico y abundante sobre la Virgen<sup>4</sup>, estaba «en deuda» con la Iglesia.

En todo caso, es lógico que no pudiera escribir su gran documento sobre María, sino después de haber hablado de Dios, es decir, del misterio trinitario. Ello explica su gran trilogía previa de Encíclicas, en la que cada una de ellas está dedicada a una de las tres divinas personas: *Redemptor*

---

1. AAS 79 (1987) 361-433.

2. Véase la fórmula que pronunció en el santuario de Jasna Góra el 6 de junio de 1979: AAS 71 (1979) 833.

3. Véase, por ejemplo, durante su viaje a España, la importante *Alocución en el acto mariano nacional celebrado en la Plaza Eduardo Ibarra, de Zaragoza* (6 de noviembre de 1982): AAS 75 (1983) 305-312.

4. Baste remitir a J. IBÁÑEZ-F. MENDOZA, *Juan Pablo II habla de la Virgen* (Pamplona 1982) para el magisterio, hasta la fecha de aparición de esta recopilación.

*hominis* (4 de marzo de 1979)<sup>5</sup> trata del Hijo, *Dives in misericordia* (30 de noviembre de 1980)<sup>6</sup> del Padre, *Dominum et vivificantem* (18 de mayo de 1986)<sup>7</sup> del Espíritu Santo. Pero es significativo que a continuación Juan Pablo II haya querido hablar a la Iglesia sobre la Madre del Señor<sup>8</sup>.

El enfoque de su reciente Encíclica «Sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina» estaba condicionado por la primera de sus Encíclicas. Si la visión de Cristo que Juan Pablo II había subrayado en ella, era la de «Redentor del hombre», es normal que ahora el ángulo de acceso a la figura de María fuera el de «Madre del Redentor» (*Redemptoris Mater*), es decir, la relación de María con la obra redentora de Cristo, «su presencia *activa* y ejemplar en la vida de la Iglesia»<sup>9</sup>.

En función de este planteamiento, a la Encíclica subyace el tema más antiguo de la fe de la Iglesia sobre María, el tema de María «nueva Eva»<sup>10</sup>, que se subraya ulteriormente en la misma Encíclica con el recurso al título equivalente de «Madre de los vivientes», tomado de San Epifanio<sup>11</sup>. Recuérdense, en efecto, que en Gen 3, 20, se explica y justifica con el hecho de que es «madre de todos los vivientes» el nombre de Eva impuesto a la primera mujer. La presentación de María como «nueva Eva» aparece, por primera vez, en San Justino hacia el año 150<sup>12</sup>. Muy poco

5. AAS 71 (1979) 257-324.

6. AAS 72 (1980) 1177-1232.

7. AAS 78 (1986) 809-900.

8. Entre las Encíclicas *Dives in misericordia* y *Dominum et vivificantem* se intercala la Encíclica *Laborem exercens* (14 de septiembre de 1981): AAS 73 (1981) 577-648, cuya publicación estaba postulada por el 90 aniversario de la publicación por León XIII de la Encíclica *Rerum novarum*: Leonis XIII Acta 11 (1892) 97-144.

9. Encíclica *Redemptoris Mater*, 1: AAS 79 (1987) 361.

10. Encíclica *Redemptoris Mater*, 13, nota 30: AAS 79 (1987) 375; 19, nota 41: AAS 79 (1987) 383; 37, nota 91: AAS 79 (1987) 409. Sobre esta temática baste remitir a L. CIGNELLI, *Maria nuova Eva nella Patristica greca* (Assisi 1966); H. COATHALEM, *Le parallélisme entre la Sainte Vierge et l'Église dans la tradition latine jusqu'à la fin du XII<sup>e</sup> siècle* (Rome 1954); M. STAROWIEYSKI, *Maria-Eva in traditione Antiochena, Alexandrina et Palestinensi saeculo V* (Romae 1972).

11. Encíclica *Redemptoris Mater*, 19, nota 42: AAS 79 (1987) 383s; 37, nota 92: AAS 79 (1987) 409; Cfr. SAN EPIFANIO, *Panarion* 3, 2: *haeresis* 78, 18: F. OEHLER, *Corpus haeresiologicum* 2/3 (Berolini 1861) p. 432 y 434 (PG 42, 728s).

12. *Dialogus cum Tryphone Iudaeo* 100, 5s: ed. G. ARCHAMBAULT, t. 2 (Paris 1909) p. 124 (PL 6, 712). Para la prioridad de este texto cfr. J. A. DE ALDAMA, *María en la patristica de los siglos I y II* (Madrid 1970) p. 268.

después, el tema, sustancialmente invariado, reaparece en San Ireneo<sup>13</sup> y Tertuliano<sup>14</sup>.

La idea común a este planteamiento de la teología del siglo II puede resumirse en estos términos: la primera Eva dialoga con el diablo, desobedece a Dios y con ello trae sobre la humanidad, muerte y ruina; María, segunda Eva, dialoga con el ángel, obedece a Dios y da a luz al Salvador y con Él a la salvación. De modo paralelo a como la primera Eva fue colaboradora de Adán en la obra de la ruina, la segunda, es decir, María colabora con el nuevo Adán, Cristo, en la obra salvadora.

Las afirmaciones de San Justino, San Ireneo y Tertuliano se producen en un arco temporal muy corto y con una sorprendente sintonía temática. Como no es fácil pensar en dependencias directas sucesivas, incluso por la dispersión geográfica en que aparecen los testimonios, todo hace suponer que el tema sería anterior a San Justino<sup>15</sup>. Si se acepta que ya antes del año 150 existe este tema elaborado, puede decirse que se está tocando la misma predicación apostólica<sup>16</sup>. Es indudable que la predicación apostólica presentaba a Cristo como «nuevo Adán»; ello ha quedado reseñado en el mismo Nuevo Testamento (cfr. 1 Cor 15, 45). Los testimonios convergentes de Padres del siglo II<sup>17</sup> harían pensar que esa misma predicación apostólica veía junto a Él la figura femenina de una «nueva Eva».

Si el tema de la «nueva Eva» subyace a la Encíclica *Redemptoris Mater*, habrá que decir que con él está presente, como idea de fondo, la colaboración de María a la obra redentora. Pero al prolongar el título de «nueva Eva» con el equivalente de «Madre de los vivientes», se enseña que precisamente esta colaboración es la raíz de la Maternidad espiritual de María. Ella es Madre nuestra por su cooperación a la obra de la redención.

---

13. *Adversus haereses* 5, 19, 1: SC 153, 248 (PG 7, 1175); *Demonstratio apostolicae praedicationis* 33: SC 62, 85. Véase el comentario del primero de los dos textos citados en A. ORBE, *Teología de San Ireneo. Comentario al Libro V del «Adversus haereses», t. 2* (Madrid 1987) pp. 263-278.

14. *De carne Christi* 17, 5: CCL 2, 905 (PL 2, 782).

15. ALDAMA, *María en la Patrística de los siglos I y II*, p. 29.

16. Sobre la posible base de esa tradición apostólica cfr. ALDAMA, *María en la patrística de los siglos I y II*, p. 298.

17. «Maxime autem illud memorandum est, inde a saeculo II, Mariam Virginem a Sanctis Patribus veluti novam Hevam proponi novo Adae, etsi subiectam, arctissime coniunctam in certamine illo adversus inferorum hostem, quod, quemdmodum in protoevangelio (Gen 3, 15) praesignificatur, ad plenissimam deventurum erat victoriam de peccato ac de morte». Pío XII, Const. apostólica *Munificentissimus Deus*: DS 3901; COLLANTES, 422.

Es indudable que la escena en que los Padres del siglo II piensan al exponer el tema de María «nueva Eva», es la Anunciación. Es entonces, cuando en contraposición con la primera Eva, María dialoga con el ángel y obedece a Dios. Tertuliano describe perfectamente el momento, a la vez que interpreta la respuesta de María como fe: «Eva había creído a la serpiente; María creyó a Gabriel. Lo que aquélla pecó creyendo, lo borró Ésta creyendo»<sup>18</sup>.

En la Encíclica *Redemptoris Mater*, el Papa explica la respuesta de María al ángel como respuesta de fe; así la interpretó ya Isabel en la visitación: «Feliz la que ha creído» (Lc 1, 45): «La plenitud de gracia anunciada por el ángel significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la visitación, indica cómo la Virgen de Nazareth ha respondido a ese don»<sup>19</sup>.

Pero no podemos olvidar que la formulación histórica de la respuesta de fe de María tiene acentos de la más total entrega: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Es conocido que la palabra «fe» tiene en el Nuevo Testamento diversos sentidos<sup>20</sup>. Dos solamente nos interesan aquí. A veces, el término se refiere a una «fe» meramente intelectual. Es el sentido que para atender a la problemática muy viva de aquel momento privilegió el Concilio Vaticano I<sup>21</sup>. No puede subvalorarse la importancia de esta fe<sup>22</sup>. Sin embargo, hay que declarar su insuficiencia, si no se desarrolla de modo que sea «la fe que actúa por la caridad» (Gal 5, 6). Cuando la fe no llega a un comportamiento coherente, habrá que reconocer con tristeza que «como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta» (Sant 2, 26). En otras ocasiones, en el Nuevo Testamento la palabra «fe» tiene el sentido totalizante y englobante de plena respuesta afirmativa a Cristo que empieza por la adhesión intelectual y se prolonga en el comportamiento coherente. El Concilio Vaticano II utiliza este concepto al decir que por la fe «el hom-

18. *De carne Christi* 17, 5: CCL 2, 905 (PL 2, 782).

19. Encíclica *Redemptoris Mater*, 12: AAS 79 (1987) 375.

20. Para los diversos sentidos del sustantivo «fe» y del verbo «creer» en la Sagrada Escritura baste remitir a P. ANTOINE, *Foi: Dictionnaire de la Bible. Supplement* 3, 276-310; R. BULTMANN, *pisteuô*: TWNT 6, 174-230.

21. CONCILIO VATICANO I, Const. dogmática *Dei Filius* c. 3: DS 3008; COLLANTES, 45.

22. «Quare fides ipsa in se, etiamsi per caritatem non operetur (cfr. Gal 5, 6), donum Dei est, et actus eius est opus ad salutem pertinens, quo homo liberam praestat ipsi Deo oboedientiam gratiae eius, cui resistere posset, consentiendo et cooperando». *Ibid.*: DS 3010; COLLANTES, 47.

bre se entrega entera y libremente a Dios»<sup>23</sup>. Una explicación oficial dada en el Concilio mismo hace alusión a que con la fórmula citada se reproduce «la acepción más amplia de la palabra que aparece en los escritos de Pablo»<sup>24</sup>. Es lo que teológicamente se llama «fe formada», en la cual, además de la fe en sentido estricto, «se incluyen la esperanza y la caridad»<sup>25</sup>. La respuesta de fe de María evidentemente no se circunscribe a aceptar como verdadero el anuncio del ángel, sino que pasa a una disponibilidad absoluta frente a los planes de Dios. Como esclava se somete a su voluntad y se ofrece para unir su destino al de su Hijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

La Encíclica *Redemptoris Mater* llama a la profecía del anciano Simeón (Lc 2, 34-35), «un segundo anuncio a María»<sup>26</sup>. De este modo, atribuyendo a la escena una nueva denominación que permita una mejor comprensión de ella, el Papa pone de relieve lo que las palabras de Simeón subrayan a María misma: la dimensión dolorosa del destino de Jesús y también del suyo en cuanto unido al de su Hijo. En efecto, el primer anuncio, el del ángel, tiene tonos gloriosos y triunfales<sup>27</sup>. Del Hijo que se promete a la Virgen, se dice que «será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). Ahora María tiene que oír de labios de Simeón otras palabras, «sugeridas por el Espíritu Santo» (cfr. Lc 2, 25-27)<sup>28</sup>, que suenan de modo mucho más lóbrego.

El «segundo anuncio» contiene dos elementos: de Jesús se profetiza que será «signo de contradicción» (Lc 2, 34), es decir, «bandera discutida» según nuestra traducción litúrgica (el tema impresiona fuertemente a Juan Pablo II quien, como es sabido, en los Ejercicios Espirituales que, siendo Cardenal, predicó a Pablo VI, centró alrededor de él todas sus consideraciones)<sup>29</sup>; como consecuencia de este combate en torno a Cristo y de la

---

23. CONCILIO VATICANO II, Const. dogmática *Dei Verbum*, 5: AAS 58 (1966) 819.

24. *Congregatio Generalis 155* (29 octobris 1965), *Schema Constitutionis dogmaticae de divina revelatione. Modi*. Ad numerum 5, modus 31: *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, v. IV *Periodus quarta*, Pars 5 (Typis Polyglottis Vaticanis 1978) p. 687.

25. *Ibid.*, p. 688.

26. Encíclica *Redemptoris Mater*, 16: AAS 79 (1987) 379.

27. Cfr. Encíclica *Redemptoris Mater*, 15: AAS 79 (1987) 337s.

28. Encíclica *Redemptoris Mater*, 16: AAS 79 (1987) 378.

29. KAROL WOJTYLA, *Signo de contradicción. Meditaciones*, trad. esp. (Madrid 1978).

opión que se hace a Jesús, María tendrá que sufrir acerbamente: «a tu misma alma la traspasará una espada» (Lc 2, 35). Por una parte, Simeón expresa «la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir en la incomprensión y en el dolor»<sup>30</sup>; por otra, anuncia a María «que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa»<sup>31</sup>. María no retrocede ante los aspectos sombríos de su misión. Muy pronto lo mostrará asumiendo las dificultades de la huida a Egipto para proteger la vida de su Hijo<sup>32</sup>.

Mientras María «avanzaba en la peregrinación en la fe»<sup>33</sup>, la oscuridad es patente en Nazaret durante el largo período de la vida oculta. El Papa señala que en esos años, para usar expresiones de San Juan de la Cruz<sup>34</sup>, María vive la «noche de la fe» en cuanto que un «velo» cubre la realidad del misterio<sup>35</sup>. El uso de esta terminología es normal en Juan Pablo II; no se olvide que la tesis doctoral de Karol Wojtyła en teología fue sobre «La fe según San Juan de la Cruz»<sup>36</sup>. Probablemente no siempre hemos meditado bastante estos aspectos, cuando nos hemos referido a la vida oculta de Jesús en Nazaret. A María le había dicho el ángel, de parte de Dios, cosas gloriosas sobre su Hijo. Tiene que creerlas «día tras día»<sup>37</sup>, aunque van pasando los años no sólo de la infancia, sino de la primera juventud de Jesús hasta los treinta años sin que, paradójicamente, haga nada de lo que parecería deber esperarse del Mesías. María convive en Nazaret con un Jesús desconcertantemente consagrado a tareas que nada parecen tener que ver con su misión ni siquiera parecen estar en concordancia con la descripción contenida en el anuncio del ángel. Es por ello maravilloso contemplar que «de este modo María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe»<sup>38</sup>. Realmente María «vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe»<sup>39</sup>.

30. Encíclica *Redemptoris Mater*, 16: AAS 79 (1987) 379.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. CONCILIO VATICANO II, Const. dogmática *Lumen Gentium*, 58: AAS 57 (1965) 61.

34. *Subida del Monte Carmelo*, 2, 3, 4-6: *Vida y Obras completas de San Juan de la Cruz*, (BAC, 15), 8ª ed. (Madrid 1974) p. 486.

35. Encíclica *Redemptoris Mater*, 17: AAS 79 (1987) 381.

36. Trad. esp. (Madrid 1979).

37. Encíclica *Redemptoris Mater*, 17: AAS 79 (1987) 380: «Est ergo beata, quia 'credidit' et cotidie credit»

38. Encíclica *Redemptoris Mater*, 17: AAS 79 (1987) 381.

39. *Ibid.*

El «velo» se hace especialmente denso en el Calvario. Allí junto a la Cruz, mientras mantenía su «sí» de la Anunciación, tenía, sin duda, que recordar, una vez más, las palabras grandiosas del ángel: «Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de su padre David, reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). Teniendo presentes estas palabras en su memoria, las creía también entonces, cuando «estando junto a la Cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un completo *desmentido de estas palabras*»<sup>40</sup>. En ningún otro momento de su vida aparece, como en la hora del Calvario, la heroicidad de la «obediencia de la fe» de María ante los «insondables designios» de Dios, cuyos «camino son inescrutables» (cfr. Rom 11, 33)<sup>41</sup>.

Volvamos a la doble frase de Tertuliano ya citada: «Eva había creído a la serpiente; María creyó a Gabriel. Lo que aquélla pecó creyendo, lo borró Ésta creyendo»<sup>42</sup>. La cooperación de la nueva Eva a la obra salvadora consistió en su fe a las palabras del ángel. Se trató de una fe coherente, es decir, prolongada en una entrega total: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Fue igualmente una fe mantenida constantemente sin desfallecimientos durante toda su vida.

El Papa no duda en subrayar que la entrega plena de María en su respuesta al ángel está en «plena consonancia con las palabras del Hijo que, según la *Carta a los Hebreos*, al venir al mundo dice al Padre: 'Sacrificio y oblación no quisiste; *pero me has formado un cuerpo...* He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad» (Heb 10, 5-7)<sup>43</sup>. A nivel subjetivo, en la unión de María a la oblación de su Hijo, la pasión está incluida de modo plenamente consciente, al menos desde el «segundo anuncio» en que se le habla de dolor y de espada<sup>44</sup>.

La eficacia de su cooperación es indiscutible. «Este *fiat* de María —hágase en mí— ha decidido desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino»<sup>45</sup>. A partir de su «sí» comienza, con la encarnación del Logos en el seno de María, la obra de nuestra salvación, la cual culmina cuando, como fruto de la muerte de Jesús en la cruz y de su

---

40. Encíclica *Redemptoris Mater*, 18: AAS 79 (1987) 382.

41. Cfr. Encíclica *Redemptoris Mater*, 18: AAS 79 (1987) 382.

42. *De carne Christi* 17, 5: CCL 2, 905 (PL 2, 782).

43. Encíclica *Redemptoris Mater*, 13: AAS 79 (1987) 376.

44. Cfr. Encíclica *Redemptoris Mater*, 16: AAS 79 (1987) 379.

45. Encíclica *Redemptoris Mater*, 13: AAS 79 (1987) 376.

resurrección (cfr. Rom 4,25)<sup>46</sup>, la Iglesia recibe la vida por la donación del Espíritu. Pero entonces «en la economía de la gracia, actuada por la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María en Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén*»<sup>47</sup>. En realidad, María concibe a Jesús por obra del Espíritu Santo. La Iglesia recibe también la vida por el don del Espíritu Santo impetrado por la intercesión de María. Este paralelismo es lógico, ya que la Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, es prolongación de Él. Más aún, ya en la Anunciación comienza a formarse en el seno de María no sólo el Jesús concreto e histórico de Nazaret, sino el organismo de salvación, del que Él es cabeza y por incorporación al cual nosotros nos salvamos<sup>48</sup>. En todo caso, puede decirse que tanto para que Jesús nazca, como para que nazca la Iglesia, los dos protagonistas son siempre los mismos: María y el Espíritu Santo. Ello manifiesta igualmente no sólo una maternidad de María con respecto a Jesús, sino también con respecto a la Iglesia e, incluidos en ella, con respecto a todos los que somos miembros de la Iglesia.

Aunque el Papa hace su afirmación en un contexto en el que la referencia se hace, sobre todo, al heroísmo con que «esperando contra toda esperanza, creyó» (Rom 4, 18), es sumamente sugestivo que escriba que la «obediencia de la fe» por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham»<sup>49</sup>. Por su fe Abraham fue constituido «padre de todos los creyentes» (Rom 4, 11). La respuesta de fe de María al ángel es la razón última por la que Ella es la «Madre de los vivientes»<sup>50</sup>, es decir, de los que creyendo reciben la vida verdadera.

---

46. Para la relación entre la muerte y la resurrección de Jesús como unidad soteriológica cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Resurrección de Cristo y vida del cristiano*, en *Una nueva vida en Cristo* (Madrid 1980) pp. 83-112.

47. Encíclica *Redemptoris Mater*, 24: AAS 79 (1987) 392s.

48. Cfr. POZO, *La Iglesia como sacramento primordial*: Estudios Eclesiásticos 41 (1966) 144.

49. Encíclica *Redemptoris Mater*, 14: AAS 79 (1987) 377. En todo caso, allí mismo se hace también el siguiente paralelismo: «In dispensatione salvifica revelationis Dei Abrahae fides initium est Veteris Foederis; fides Mariae in annuntiatione initium est Novi Foederis». Nótese además que este sentido de comienzo de la Antigua Alianza que tiene la fe de Abraham, es lo que lo constituye «nuestro padre en la fe» (cfr. Rom 4, 12). La aplicación a María, sugerida por el texto del Papa, es completamente obvia.

50. SAN EPIFANIO, *Panarion* 3, 2: *haeresis* 78, 18: F. OEHLER, *Corpus haeresiologicum* 2/3 (Berolini 1861) pp. 432 y 434 (PG 42, 728s).



Pero más allá de estas enseñanzas sobre la Maternidad espiritual de María, en la Encíclica *Redemptoris Mater*, a partir de esta verdad, se explica la mediación intercesora de María<sup>51</sup> y se fundamenta nuestra devoción a la Virgen.

*Mediación materna de María*<sup>52</sup>.

María, asunta en cuerpo y alma a los cielos, está espiritualmente presente en la Iglesia gracias a su permanente intercesión ante su Hijo resucitado, es decir, por su mediación intercesora. La Iglesia invoca a María con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro y también *Mediadora*<sup>53</sup>. El conocido texto de San Pablo que afirma que hay «un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también» (1 Tim 2, 5), no se oscurece al mantener una mediación de María<sup>54</sup> «que se apoya en la mediación de Éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder»<sup>55</sup>. La mediación de María es una mediación participada de la de Cristo<sup>56</sup> y que, por ello, nada resta ni añade «a la dignidad y eficacia de Cristo, único mediador»<sup>57</sup>. En este contexto, el Papa recuerda<sup>58</sup> la fórmula de San Bernardo: «Mediadora al Mediador»<sup>59</sup>, porque pone de relieve la subordinación de la mediación de María a la de Cristo.

Esta subordinación implica también una unión a las intenciones de

---

51. Me limito a este aspecto de la mediación de María, aunque el concepto pleno de su mediación es mucho más amplio. Para esta problemática véase el artículo que cito en la nota siguiente.

52. Cfr. POZO, *La mediación materna de la Sierva del Señor en el ámbito de la única mediación de Cristo (Redemptoris Mater, nn. 38-41)*: *Seminarium* 38 (1987) 560-575.

53. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogmática *Lumen Gentium*, 62: AAS 57 (1965) 63.

54. 1 Tim 2, 5, afirma que hay un mediador único, es decir, el mismo e ineludible para todos, pero no trata de si esa mediación es o no compatible con la existencia de mediadores subordinados; cfr. E. MIGUÉNS, *Unus Deus, unus Mediator (I Tim 2, 5)*, en PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNATIONALIS, *De Mariologia et oecumenismo* (Romae 1962) pp. 59-69.

55. CONCILIO VATICANO II, Const. dogmática *Lumen Gentium*, 60: AAS 57 (1965) 62.

56. Cfr. Encíclica *Redemptoris Mater*, 38: AAS 79 (1987) 411s.

57. CONCILIO VATICANO II, Const. dogmática *Lumen Gentium*, 60: AAS 57 (1965) 63.

58. Encíclica *Redemptoris Mater*, 38, nota 96: AAS 79 (1987) 411.

59. *In Dominica infra octavam Assumptionis sermo*, 2: ed. J. LECLERCQ-H. ROCHAIS, t. 5 (Romae 1968) p. 262 (PL 183, 429).

Cristo. La mediación de María «participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único Mediador»<sup>60</sup>.

Es bien sabido que después de la definición de la Inmaculada se difundió fuertemente en la Iglesia la persuasión de que la verdad mariana que en un futuro más próximo se definiría en la Iglesia como dogma, sería la Mediación universal. De esta persuasión surgió todo un movimiento a favor de esta definición, al frente del que se situaba el Cardenal D. Mercier<sup>61</sup>. En este tiempo y en este ambiente surgen obras tan apreciables y clásicas como la de J. Bittremieux<sup>62</sup>. De hecho, en un determinado momento este impulso pierde fuerza y se ve desbordado por otro que se le adelanta y que lleva a la definición dogmática de otra verdad mariana: la asunción corporal de María (1 de noviembre de 1950)<sup>63</sup>.

Quizás sea más interesante señalar lo que probablemente impidió al primero de estos dos movimientos llegar a la meta: la dificultad en determinar claramente qué se pretendía decir al afirmar que María es medianera universal de todas las gracias; o con otras palabras, la dificultad en señalar la especificidad en la mediación de María en su intercesión, comparada con la mediación de los santos.

En efecto, se tiene la impresión de que, aunque diciendo que María es medianera universal de todas las gracias, parece afirmarse mucho de Ella, en realidad con esta expresión no se distingue suficientemente su mediación de la de los santos. No se olvide que el gran tema del Apocalipsis es el de la liturgia celeste. En el centro de ella está el «Cordero como degollado» (Apoc 5, 6). Se trata de Cristo que subido al cielo, presenta al Padre su sangre (cfr. Heb 9, 12. 24ss), es decir, que, a lo largo de la historia, ofreciendo al Padre su entrega y su sacrificio pretéritos, «está siempre vivo para interceder» por nosotros (Heb 7, 25). Ahora bien, en esta liturgia celeste participan todos los bienaventurados y en ella se unen a todas las intenciones por las que Cristo murió y por las que ahora, resucitado y sentado a la derecha del Padre, intercede (cfr. Rom 8, 34). En este sentido, en la colación de toda gracia que Dios otorga, intervienen todos los bienaventurados, es decir, todos interceden por todas las gracias que se con-

---

60. Encíclica *Redemptoris Mater*, 40: AAS 79 (1987) 415.

61. He recogido algunos datos sobre la historia de este movimiento en el artículo que he citado antes en la nota 52.

62. *De mediatione universalis Beatae Mariae Virginis quoad gratias* (Brugis 1926).

63. Pío XII, Const. apostólica *Munificentissimus Deus*: DS 3903; COLLANTES, 423.

ceden<sup>64</sup>. Si se tiene en cuenta este planteamiento, la singularidad de la mediación de María no queda suficientemente puesta de manifiesto con decir que es «universal». Tal adjetivo no parece ser bastante especificante, ya que todos los bienaventurados intervienen en la concesión de toda gracia, y desde este punto de vista también la mediación de los bienaventurados puede calificarse como «universal».

Juan Pablo II indica una pista teológica que puede ser sumamente fecunda para mantener con nitidez la singularidad de la mediación de María, comparada con la de los santos: «Efectivamente la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo»<sup>65</sup>. María es Madre de Cristo y Madre de los discípulos. Tanto con respecto a Cristo como con respecto a los discípulos tiene una relación materna. Por ello, en su intercesión María «*se pone 'en medio', o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede —más bien 'tiene derecho de'— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres»<sup>66</sup>. De este modo, dentro de las mediaciones subordinadas a la de Cristo, el único Mediador, se señala una nota específica de la mediación intercesora de María que se da en Ella y solamente en Ella, es decir, una nota que no se da en la mediación de ninguno de los santos: es una mediación materna no simplemente porque María es Madre de Cristo ante el que intercede («Mediadora al Mediador») <sup>67</sup>, sino porque es Madre de aquéllos por cuyos problemas intercede («Madre de los vivientes») <sup>68</sup>.

---

64. Cfr. POZO, *La devoción mariana en el contexto teológico, particularmente cristológico y eclesiológico, en Europa en los siglos XVII y XVIII*: Archivo Teológico Granadino 46(1983)240. Si en los mismos sacramentos se admite un esquema cultural en el que Cristo con su mediación celeste eficaz asegura la colación de la gracia, no hay inconveniente alguno en afirmar una asociación de todos los santos —y muy en primer lugar de María— que participan en la liturgia celeste, también en la colación de las gracias sacramentales; también en los sacramentos se unirían la liturgia terrestre y la liturgia celeste; cfr. POZO, *El misterio del culto santificante*, en *Espiritualidad litúrgica* (Madrid 1986) pp. 47-67.

65. Encíclica *Redemptoris Mater*, 38: AAS 79 (1987) 411.

66. Encíclica *Redemptoris Mater*, 21: AAS 79 (1987) 388s.

67. SAN BERNARDO, *In Domínica infra octavam Assumptionis sermo*, 2: ed. J. LECLERCQ-H. ROCHAIS, t. 5 (Romae 1968) p. 262 (PL 183, 429).

68. SAN EPIFANIO, *Panarion* 3, 2: *haeresis* 78, 18: F. OEHLER, *Corpus haeresiologicum* 2/3 (Berolini 1861) pp. 432 y 434 (PG 42, 728s).

### *Aceptar el testamento de la Cruz.*

El pasaje de Jn 19, 25-27 ha sido objeto de atenta reflexión por parte de exegetas y mariólogos. Por múltiples razones<sup>69</sup> está fuera de toda duda razonable que no se nos relata en él una escena meramente familiar (Jesús moribundo, preocupado por la soledad futura de su Madre, la confiaría a un amigo), sino una escena de alcance teológico en la que Jesús proclama a María Madre del discípulo, de todo discípulo, a la vez que inculca a todo discípulo que consecuentemente ha de mirar a María como Madre. A partir de esta convicción acerca de cuál es la verdadera exégesis de estos versículos, solemos designar la escena como «la proclamación de la maternidad espiritual de María»<sup>70</sup>.

Todo esto es muy justo. Sin embargo, Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Mater* acuña para este pasaje, una nueva denominación sumamente sugestiva, que puede ser muy útil para una vivencia renovada de lo que Jesús quiso decirnos en él: el «testamento de la Cruz»<sup>71</sup>. Jesús, como todo moribundo, se preocupa de legar. Desde la Cruz nos lega lo más precioso que tiene en la tierra, a su Madre. Este es el sentido último de las solemnes y profundas palabras de Jesús crucificado: «Jesús viendo a su Madre y junto a Ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. Luego dice al discípulo: 'Ahí tienes a tu Madre'» (Jn 19, 26-27).

Es conocido que el pensamiento filosófico de Karol Wojtyła está fuertemente impregnado de un sano personalismo<sup>72</sup>. Ello le hace no olvidar que en el momento en que Jesús pronuncia estas palabras, no está simplemente muriendo por la salvación de la humanidad en abstracto, sino por la de cada persona en particular. San Pablo que a los Efesios escribe «Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5, 2) o «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Ef 5, 25), tiene en su Carta a los Gálatas la expresión más absolutamente personal: «Me amó y se entregó por mí»

---

69. Cfr. POZO, *María en la obra de la salvación* (Madrid 1974) pp. 236 ss; ID., *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, 3ª ed. (Madrid 1985) pp. 96-100.

70. Encíclica *Redemptoris Mater*, 23: AAS 79 (1987) 391, a propósito de este pasaje afirma: «Dicit itaque potest iam Mariae maternitas, si antea pro hominibus sit adumbrata, hic luculenter definiri et corroborari».

71. *Ibid.*

72. Véanse en *Obras principales de Karol Wojtyła*: Sillar n. 4 (octubre-diciembre 1981) 119, los títulos 1 y 4, que en castellano serían: *Posibilidad de construir la ética cristiana sobre las bases del sistema de Max Scheler* (Lublín 1959) y *Persona y acto* (Cracovia 1969).

(Gal 2, 20). El hecho de su donación total en concreto por cada uno tiene, sin duda, que reflejarse en la misma conciencia humana de Jesús»<sup>73</sup>. Porque las palabras del «testamento de la Cruz» se pronuncian en este preciso momento en que la Redención se está realizando, «la Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como Madre»<sup>74</sup>. Ello implica que no podemos contentarnos con ver en estas palabras de Jesús moribundo una proclamación de la maternidad espiritual de María sobre todos los fieles; es un testamento en que concretamente a mí se me da a María como mi Madre.

Un testamento tiene que ser aceptado. El «testamento de la Cruz» en cuanto que se dirige a cada uno en particular, y no sólo a los fieles en general, tiene que ser aceptado por cada uno de nosotros. «Desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas» (Jn 19, 27); desde aquella hora todo discípulo, para ser buen discípulo, ha de aceptar el testamento y tomar a María como cosa suya.

San Juan ha señalado, otras veces, diversas cualidades que ha de reunir el discípulo de Jesús para serlo realmente: ha de guardar sus mandamientos (Jn 14, 14; 21 y 23), partiendo de un amor a Dios (1 Jn 5, 2); los discípulos han de amarse mutuamente, como los amó Cristo (Jn 13, 35; 15, 12); han de creer que Jesús ha sido enviado por Dios (Jn 17, 8); han de adoptar una actitud de humildad y servicio, siguiendo el ejemplo del Maestro (Jn 13, 13-17). En Jn 19, 27, se enuncia una nota ulterior que el discípulo ha de poseer: ha de tener a María como cosa suya; entre sus estructuras espirituales tiene que haber una dimensión mariana que le haga acoger («*lambanein*» no significa «mirar», sino «tomar» o «acoger») a María como a Madre. La palabra «acoger» implica así todo un comportamiento filial con respecto a María. «Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, ‘acoge entre sus cosas propias’ a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su yo humano y cristiano»<sup>75</sup>.

Es empobrecedora de la riqueza del texto de Jn 19, 27, la traducción frecuente: «la acogió en su casa»<sup>76</sup>. La Encíclica cree insuficiente este

---

73. Cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión* (Madrid 1987) p. 18 ss.

74. Encíclica *Redemptoris Mater*, 23: AAS 79 (1987) 391.

75. Encíclica *Redemptoris Mater*, 45: AAS 79 (1987) 423.

76. Es un defecto de la traducción castellana de la Encíclica reproducir la traducción de este versículo («la acogió en su casa») tomándola de la «Biblia de Jeru-

modo de traducir: «Como es bien sabido en el texto griego la expresión 'eis ta idia' supera el límite de una acogida de María por parte del discípulo en el sentido del mero alojamiento material y de la hospitalidad en su casa; quiere decir más bien una *comunidad de vida* que se establece entre los dos en base a las palabras de Cristo agonizante»<sup>77</sup>. Y confirma esta posición con un bello texto de San Agustín: «La tomó consigo, no en sus heredades, porque no poseía nada propio, sino entre sus obligaciones que atendía con premura»<sup>78</sup>. I. de la Potterie capta perfectamente el sentido del versículo, cuando propone traducir: «Desde aquella hora el discípulo la acogió en su intimidad»<sup>79</sup>.

En el conjunto de reflexiones que gravitan sobre la neta afirmación de Jn 19, 27 («desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas»), aparece claro, en primer lugar, que la devoción mariana constituye una dimensión irrenunciable del discípulo de Jesús desde el momento en que el Señor proclamó su testamento, hasta el fin de los tiempos. Se comprende por ello la frase de Pablo VI en su homilía en el santuario de Nuestra Señora del Bonaria el 24 de abril de 1970: «si queremos ser cristianos, debemos ser marianos»<sup>80</sup>. Con estas palabras, Pablo VI no enunciaba un pensamiento piadoso, sino que se limitaba estrictamente a traducir Jn 19, 27: desde entonces todo discípulo de Jesús, para serlo, ha de tener una profunda dimensión mariana.

En segundo lugar, la devoción mariana, por expresarse en una relación mutua entre madre e hijo, tiene resonancias de total intimidad personal. «Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre *una relación única e irrepetible* entre dos personas: *la de la madre con el hijo y la del hijo con la madre*. Aun cuando una misma mujer sea madre de muchos hijos, su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia. En efecto, cada hijo es engendrado de un modo único e irrepetible, y esto vale tanto para la madre como para el hijo. Cada hijo es rodeado del mismo modo por aquel amor materno, sobre el que se basa su formación y maduración en

---

salén», incluso en el número en que la Encíclica insiste en que el versículo no debe traducirse así.

77. Encíclica *Redemptoris Mater*, 45, Nota 130: AAS 79 (1987) 423.

78. *In Ioannis Evangelium tractatus* 119, 3: CCL 36, 659 (PL 35, 1951).

79. «*Et à partir de cette heure, le Disciple l'accueillit dans son intimité*» (Jn 19, 27b). *Réflexions méthodologiques sur l'interprétation d'un verset johannique*: Marianum 42 (1980) 84-125.

80. AAS 62 (1970) 300s.

la humanidad»<sup>81</sup>. Ahora bien, esto que aparece con claridad «en el orden de la naturaleza», es también verdadero por analogía «en el orden de la gracia»<sup>82</sup>. Por ello, la afirmación de la Encíclica, de que María es dada como madre particularmente a cada discípulo<sup>83</sup>, ilumina ulteriormente el sentido de la respuesta a este don, que se exige en Jn 19, 27: «Desde aquella hora el discípulo la acogió entre sus cosas». Esta «afirmación indica, aunque sea indirectamente, lo que expresa la relación íntima de un hijo con su madre. Y todo esto se encierra en la palabra 'entrega'. La entrega es la respuesta al amor de una persona y, en concreto, al amor de la madre»<sup>84</sup>. La devoción mariana de todo discípulo tiene que llegar hasta la entrega filial a Aquélla que es su Madre<sup>85</sup>.

C. Pozo  
Facultad de Teología  
GRANADA

---

81. Encíclica *Redemptoris Mater*, 45: AAS 79 (1987) 422.

82. *Ibid.*

83. Encíclica *Redemptoris Mater*, 23: AAS 79 (1987) 391.

84. Encíclica *Redemptoris Mater*, 45: AAS 79 (1987) 423.

85. «La Madre de Dios es nuestra Madre». SAN ANSELMO, *Oratio 7: Opera Omnia*, ed. F. S. SCHMITT, t. 3 (London 1946) p. 23 (PL 158, 957). Para el influjo de San Anselmo cfr. H. BARRÉ, *Marie et l'Église. Du Vénérable Bède à Saint Albert le Grand: Études Mariales* 9 (1951) 78s. Sobre toda la cuestión cfr. G. GEENEN, *Marie notre Mère. Esquisse historique et évolution doctrinale: Marianum* 10 (1948) 337-352.